

HA MUERTO EL PADRE DEL TBO

BUIGAS

UN REFINADO INTELLECTUAL

Por SEMPRONIO

QUIEN, impresionado por la popularidad del «TBO», sabedor de su tiraje que a veces ha alcanzado los 350.000 ejemplares, hubiera querido acudir a las fuentes, sufriría una decepción al entrar en esa oficina de la calle de Aribau barcelonesa. Todo es allí pequeño, anticuado, tradicional. No obstante, durante cuarenta y cinco años, tras la mesa de su adocenado despacho, Joaquín Buigas Garriga, que acaba de fallecer, ha llevado con mano enérgica e inteligencia despierta las riendas de un negocio editorial próspero cual pocos, desbordante de historietas, pero con muy poca historia interna.

Como el Juan Palomo del dicho, el señor Buigas habría podido decir que él se lo guisaba y él se lo comía. Un restringidísimo grupo de colaboradores no hacían sino seguir orientaciones, caminar fielmente por sus huellas.

Y ahí reside la gran originalidad del tipo, su dimensión gigantesca. En cualquier otro país, especialmente en América, el creador y propietario del «TBO», desde el último piso de un rascacielos, habría gobernado una legión de empleados, puesto en movimiento docenas de secretarías, de dictáfonos y de máquinas de escribir...

El señor Buigas cerró siempre los oídos a las sirenas del americanismo. No quiso tener jamás imprenta propia, se negó a extender el negocio a otras actividades editoriales, se contentó con su pueril «TBO»...

Visto del exterior, era el «señor Esteve» de la prensa, un calco exacto del célebre personaje de Rusiñol, arquetipo de la cordura catalana.

aristócrata y aventurero

No obstante, esa visión exterior era un simple espejismo. Buigas fue un hombre bastante más complicado de lo que deja entender la índole de su periódico y la manera como lo llevaba.

En esencia, era un intelectual, nacido en una familia de señores y de artistas. Su abuelo materno, Miguel Garriga y Roca, fue el arquitecto del Gran Teatro del Liceo; su padre, Cayetano Buigas Monravá, arquitecto también, se ilustró levantando el monumento a Colón, máxima realización de la Exposición Universal del año 1888. Hermano de Joaquín, es el ingeniero Carlos Buigas, autor de la famosísima fuente luminosa de la Exposición barcelonesa del año 29.

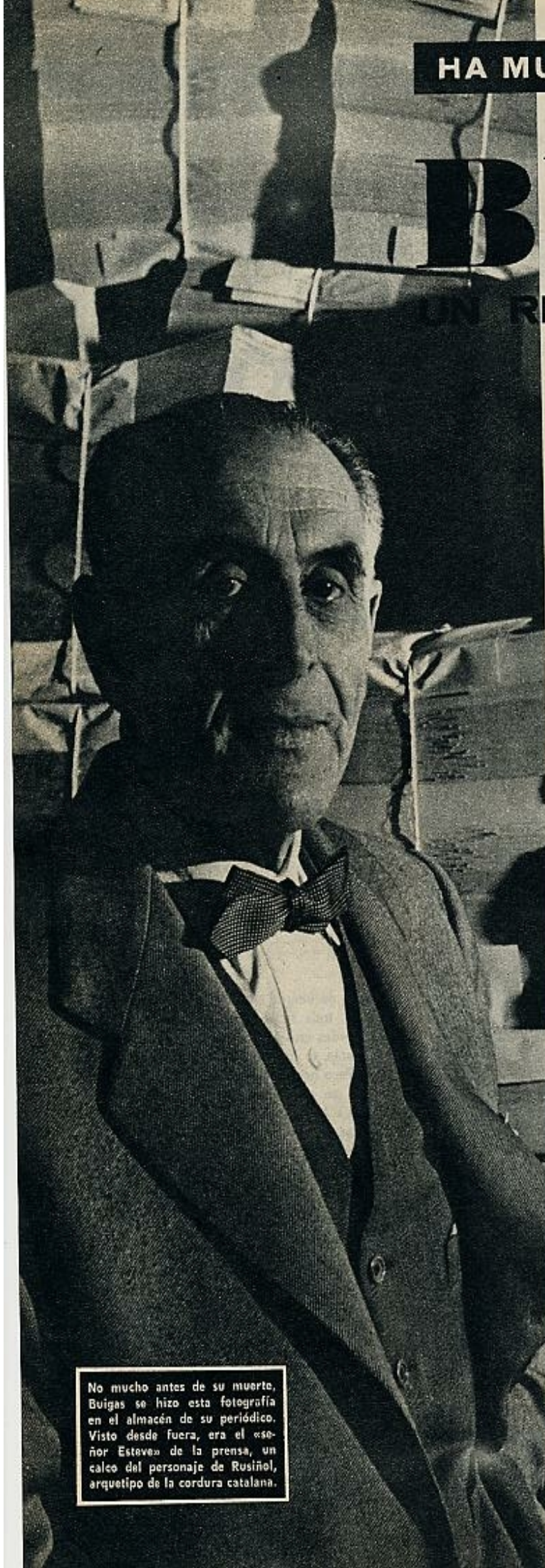
Joaquín Buigas, el del «TBO», pasó su infancia y adolescencia en el soberbio castillo de Sardañola, en las cercanías de la capital catalana, de pertenencia principesca y restaurado por su padre.

Por sangre y por formación, era un hombre refinado, con una vena de aventurero que le venía de su padre, soldado en las filas del pretendiente don Carlos, a quien acompañó románticamente en el destierro.

Joaquín, muchacho aún, sintió la atracción de América, pero de la América virgen, donde se hacía carrera a machetazos y disparando el «winchester». A pie y a caballo recorrió la Pampa, hizo una docena de oficios y tuvo la revelación de la literatura. Desde allí envió sus primeras cuartillas, que se publicaron en diarios catalanes.

Podía haber hecho —y de hecho, la hizo—, una carrera de escritor. Deja publicados varios libros de narraciones costumbristas, de impresiones de viajes, escritos en un estilo sabroso, espolvoreado con la sal del humor.

Acaso ahora he soltado la gran palabra, el humor. Quizá éste haya sido el secreto de Joaquín Buigas, lo que le ha permitido, con la



No mucho antes de su muerte, Buigas se hizo esta fotografía en el almacén de su periódico. Visto desde fuera, era el «señor Esteve» de la prensa, un calco del personaje de Rusiñol, arquetipo de la cordura catalana.

TBO

SEMANARIO FESTIVO INFANTIL



TBO

SEMANARIO FESTIVO INFANTIL



El primer «TBO» declaraba que aparecía «para solaz y regocijo de la infancia». Costaba cinco céntimos y se hizo en seguida popular en toda España. Hoy, a los cuarenta y cinco años de su fundación, lo sigue siendo.

He aquí a Joaquín Buigas, en 1917, cuando regresó de América y lanzó el «TBO», en Barcelona.

mayor seriedad del mundo, confeccionar el periódico infantil más popular de España. El padre del «TBO» era un humorista. Lo ha sido hasta la víspera de su muerte. A un amigo que acudió a verle y le preguntó cómo se encontraba, le respondió:

—No es verdad que esté enfermo. Lo que ocurre es que tengo demasiadas hijas. Y una me da una taza de caldo, otra me pone una inyección, otra me hace tomar una medicina... De no tener tantas hijas, ya estaría yo en la calle paseándome.

el primer número del "tbo"

El año 1917, Joaquín Buigas regresa de América, se planta en Barcelona y lanza un periódico infantil titulado «TBO».

Hoy, acostumbrados hasta la saciedad a esas tres letras, cuando la palabra «tebeo» ha pasado a ser un genérico denominado a toda la prensa infantil, esas tres siglas pueden parecernos cargadas de significación.

Pues bien, no querían decir nada. Eran una simple jugarreta gramatical, que nos descubre cierta faceta de la idiosincrasia de quien la ideó. El señor Buigas creía en el poder mágico de las letras. Cierta semanario festivo para adultos en cuya breve existencia estuvo mezclado se titulaba «KDT». Me dicen que hace seis lustros proyectó un periódico para niñas, que no llegó a editarse, pero para el cual había elegido ya título: «BB». Como previendo el hechizo que este par de iniciales ejercerían en el futuro gracias a una actriz que, por aquellas calendas, no había aún nacido...

El primer número de «TBO», publicado el 1 de marzo de 1917, vendido al precio de cinco céntimos, no difiere en proporciones y en el estilo del texto y la ilustración de lo que entonces, en materia de prensa infantil, era el gusto de la época. Recuerda mucho «El Camarada» (1887) y «En Patufet» (1904), dos periódicos que gozaron de vastísima popularidad. Especialmente, el segundo, en catalán, llegó a ser la lectura favorita no sólo de los niños, sino de familias enteras.

El primer «TBO», dibujado casi enteramente por Donaz, en una breve declaración editorial dice que aparece «para solaz y regocijo de la infancia», se autodenomina «juguete literario» y se reclama de su «inverosímil baratura». Consta de ocho páginas, incrementadas con un suplemento en el cual publica en folletín la novela de Julio Verne «De Glasgow a Charleston».

el viraje decisivo

A la primera etapa de «TBO» no hay que asignarle sino un valor de tanteo. El sagaz director del periódico comprendió inmediatamente

que se imponían nuevos rumbos. Parecerse a la competencia no era un ideal, precisamente.

La renovación se fue operando simultáneamente, en las páginas del periódico luchaban el texto y la ilustración. Semana a semana, ésta fue imponiéndose, el texto iba cediendo posiciones.

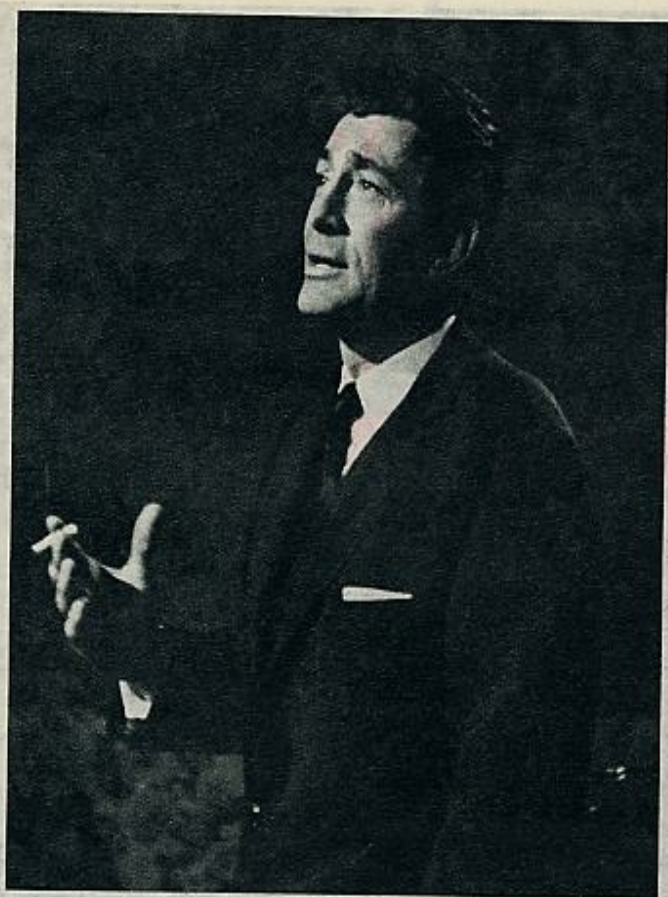
Otra etapa importante en la transformación (a cuyo remolque se transformaba toda la prensa infantil española) fue la introducción del «bocadillo», el «fumetti» como dicen los italianos, o sea, la supresión del pie de grabado, substituido por las letras incluidas en los dibujos, en forma de bocanada emergiendo de la boca de los personajes.

Debajo de la aparente futilidad del «TBO», existía la filosofía de

(Pasa a la página 61)



El fundador del «TBO» recorrió la América virgen en su juventud. Y estuvo en la Pampa. Las tierras americanas le atrajeron por sus posibilidades para la aventura. Un machete y un «winchester» fue prácticamente su equipaje.



Jean-Claude Pascal nació el mismo día y a la misma hora que Gilbert Bécaud.

Y ALMA COGAN RADA' DE 1963

BUEN comienzo de año para «Gran Parada». En el programa del pasado sábado, primero de 1963, se dieron cita dos figuras de diferente condición y estilo pero de gran categoría ambas: Jean-Claude Pascal y Alma Cogan. Dentro de la tendencia melódica, que tantos adeptos tienen hoy día, estos artistas representan diversas orientaciones. En Jean-Claude Pascal no puede dejar de estar presente esa tradición francesa que ha dado tan excelentes cantantes. Sorprende y agrada su absoluta desenvoltura y naturalidad ante las cámaras. Nos ofreció un estupendo «Et maintenant» y otras tres canciones de su habitual repertorio: «Ma mome», «Les feuilles mortes» y «Amour c'est comme un jour». Con su cigarrillo en una mano y el micrófono en la otra, Jean-Claude Pascal cantó con esa convicción y ese sentido de la «intimidad» que saben dar a sus interpretaciones ciertos cantantes franceses. Jean-Claude Pascal, sin embargo, no se ha habituado aún a actuar ante las cámaras: «Antes de trabajar en TV., me siento enfermo. No conozco nada peor para los nervios. El día anterior a la emisión, tiemblo, estoy como un león enjaulado». Nació en París el 24 de octubre de 1927, es decir, como él mismo dice: «el mismo día y a la misma hora que Gilbert Bécaud». Hizo estudios de Derecho y, después de la guerra, fue diseñador de modelos con Dior. Su entrada en el cine fue puramente accidental: un día se encontró con Michel Auclair que había sido compañero suyo de colegio y le dijo: «Con esa facha, ¿por qué no te dedicas al cine?»

En otra línea muy distinta estuvo la actuación de Alma Cogan que cantó el popularísimo «Speedy Gonzales» y «Someone to watch over me», «Bésame mucho» y «Let there be love». Este «Gran Parada» se completó con otra serie de atracciones. En fin, un programa de categoría para el nuevo año.

ha muerto el padre del «tbo»

(Viene de la página 25)

su creador. La educación quede para la escuela. El periódico infantil está destinado a llenar los ratos dejados por el estudio.

Ahora bien, la objetividad, el naturalismo, diríamos, deben presidir el periódico. A uno de los dibujantes le fue devuelta un día una historieta cuyos protagonistas, el explorador Eustaquio Morcillón y su criado el negrito Babalí, invirtiendo la acción, se encerraban dentro de una jaula para zafarse de las fieras. El señor Buigas ordenaba al autor del dibujo que rectificara los barrotes de la jaula. «Son demasiado endeble para resistir la acometida de la fiera», consignaba.

trabajador fuera de serie

Por las páginas del «TBO» han desfilado todos los dibujantes de Barcelona. Tras Donaz, en las primeras épocas, vinieron Urda, Serra Massana y Arnal. Luego, alrededor de la «estrella», que era Opisso, gravitaron Benejam, Castany, Coll, Díaz, Muntañola, Prat, Mestre, Moreno, Blanco, Sabatés, Batllori Jofre, Ayné, etc.

Pero la gente ignoraba que los ilustradores no eran sino instrumentos dóciles de un pensamiento único, el de don Joaquín Buigas. Este no solamente inventaba las historietas, creaba los tipos —la familia Ulises, el mentado explorador Eustaquio Morcillón, etc.—, sino que escribía también los textos, redactaba los «bocadillos», etc. Las instrucciones a los ilustradores las acompañaba, de requerirlo, con dibujos hechos por su mano, elementales, pero enormemente expresivos. Y no toleraba infidelidades de los encargados de interpretar sus deseos.

Y todavía hacía más el padre del «TBO»: dibujaba minuciosamente las maquetas de las páginas, labor complicadísima, pues la actual característica del periódico estriba en el aprovechamiento del último milímetro de papel. Las maquetas requieren el empleo continuo del doble decímetro.

En la cima de la opulencia, el señor Buigas no cedía, no obstante, ese trabajo a nadie. Para llevarlo a cabo abandonaba su retiro campestre, una granja modelo en el Vallés; interrumpía su labor literaria que podríamos calificar de seria (deja a punto de publicar un libro de historias de casas de campo catalanas y una compilación de cuentos titulada «Casi la verdad»), y se instalaba en el lóbrego despacho de la calle de Aribau, presidido desde dentro de una vitrina por un enorme armatoste: la realización corpórea de uno de esos célebres «grandes inventos de TBO», absolutamente humorísticos y siempre desproporcionados a la utilidad del invento.

casi la verdad

Significativo es el mentado título de la obra póstuma de Buigas: «Casi la verdad».

Algunos de sus amigos creen que se ha llevado a la tumba el secreto de su auténtica personalidad. Opinan que el creador del «TBO», el escritor costumbrista, el aventurero de la Pampa, el apasionado por la agricultura y por la caza, no eran sino facetas aisladas de un temperamento cuya unidad ha quedado inédita. De él no hemos sabido sino casi la verdad...

Pedagogos y educadores se han cebado en el «TBO» y en el tebeísmo. No obstante, en la redacción del «TBO», en lugar de honor, se reproducen unas manifestaciones de don Santiago Ramón y Cajal declarando que, para distraerse de su trabajo científico leía el «TBO».

—En la Universidad francesa de Clermont-Ferrand se ha utilizado hasta hace unos pocos años el «TBO» para los ejercicios de traducción de los primeros cursos de español —me aseguran los colaboradores de Buigas.

Y me muestran un número de su periódico vertido al árabe, por instigación del señor Mussa Abud, traductor de Cervantes y de Lope, alto funcionario de la UNESCO, quien opinaba que el «TBO» le competía una vasta labor internacional en la formación de la infancia.

Casi la verdad... Don Joaquín Buigas Garriga fue un caballero discreto e irónico. El poeta José Carner, príncipe de la poesía catalana, escribió de él, cierta vez, que tenía un zurrón lleno de risas. ¿Quién sería capaz de decirnos cuál era su pensamiento íntimo?

Acaso su verdadera vocación fuese la del intelectual encerrado en su torre de marfil. No obstante, millares de niños españoles le rendían cotidiano homenaje cuando, con lloros y pataletas, reclamaban un «tebeo».